

cionario allá, en sus posesiones de Maracai, entre los cariños de su hogar y la admiración de su patria.

Allí fué á buscarlo el pueblo para ungirlo con el poder, y volvió al Capitolio agitando la bandera liberal, sereno, leal y fuerte, como siempre.

Terminado su período constitucional resignó el Poder.

Murió vilmente asesinado á traición, yendo á la defensa de su partido, en una selva abrupta de las llanuras orientales.

Murió como Sucre.

La Historia no tiene que preguntar el nombre de los asesinos.

Ella lo dirá algún día.

La Justicia tarda, pero llega.



DIóGENES A. ARRIETA

Parecía un griego de los tiempos de Pericles, un fugitivo de las lecciones de Pórtico y los salones de Aspasia. Todo en él era estilo luminoso, belleza y armonía.

Su helenismo no era helenismo afeminado de las rimas de Anacreonte y los amores de Meleagro, no era el griego perfumado y cortesano, sino el griego luchador y filósofo, el del tumulto de las plazas públicas, de los peripatéticos y de la Academia. Era una alma de artista que parecía venir

huérfana y atónita del pie de la tribuna de Demóstenes ó del lecho de muerte de Sócrates : era un Platón ateo.

Todo en él era arte, pero arte grandioso. No comprendía los desvaríos de la moderna literatura. Su cincel poderoso, hecho para modelar sus grandes creaciones, no podía emplearse en fabricar estos arabescos que pulen con mano femenil los artistas decadentes de la literatura actual. Este ciclope de ojo luminoso no podía dejar su maza á un lado para sentarse á hilar como Narces en un coro de esclavos á manera de esos rimadores infecundos que ocultan su debilidad bajo las banderas del arte y en nombre de la belleza desertan de la lucha y del tumulto. Él no entendía de ese decadentismo importado, que ha enfermado de manera lamentable los espíritus débiles ó soñadores y la juventud que encuentra bella esa literatura de flores exóticas y luxuriantes caídas una á una de la corona del *snobismo*.

Arrieta, como bardo, no figura en esa procesión de cantores anémicos y pálidos que van cantando quimeras en los brazos del ensueño. Arrieta comprendió la belleza, pero majestuosa y grande. La belleza que brota de un mármol pentélico cuando lo toca el cincel de Praxiteles.

Bardo transcendental, le apellidó Rojas Garrido.

El *Maestro* dijo la gran palabra.

Poeta excelso el poeta que lucha y que medita,

el que comprendiendo el momento histórico en que vive traduce en su acento los anhelos del pensamiento, las aspiraciones informes, los gritos, los combates, las pasiones de la inmensa ola humana que ruge en torno suyo.

Tres bardos hay en Colombia que representan tres estados del pensamiento nacional; tres momentos psicológicos, tres épocas de la conciencia patria. En sus libros se hace el viaje de la sombra hacia la luz.

José Joaquín Ortiz, Rafael Núñez y Diógenes Arrieta.

El uno es la fé; el otro la duda; el otro la negación.

Del misticismo al panteísmo la escala es completa.

Ortiz es creyente y austero como el Dante; Núñez es Montaigne haciendo versos; Arrieta es Lucrecio, más luminoso, más artista.

Ortiz es el pasado. Cerrados sus ojos á la luz, vuelta la espalda al Oriente, de rodillas ante los altares, aquel Milton católico, cantor de ideales muertos, hosco y soberbio contra el mundo que avanza, canta la fé, los milagros, las apariciones de Lourdes, las consejas del estado de alma de una sociedad incipiente, y en éxtasis ante sus visiones, voluntariamente ciego, llena sus libros de plegarias y anatemas y muere al fin sobre el ara del templo que empiezan á abandonar las multi-

tudes, fijos los ojos en los ídolos que vacilan y las luces que se extinguen...

Núñez es el cantor indolente, cínico, corruptor. Sus estrofas deletéreas y abruptas son como la heleda ráfaga que apaga las luces todas y deja el templo en tinieblas.

Arrieta ni ora ni duda. De pie en la cima, niega. Es el alma nacional independizada ya. El esplendor de Damasco iluminó su cerebro y no cegó sus ojos. El apóstol está en pie. La nueva y grandiosa escuela poética principia en él.

Aislado en la cima espera á que lleguen á ella nuevos bardos.

Abajo rumorea el valle, murmura la fuente y pájaros multicolores ensayan himnos de amor voloteando en el ramaje.

El águila solitaria mira abajo las fiestas del collado, escucha los cánticos y espera que nuevos compañerós acudan á la cima...

La elocuencia de Arrieta era la elocuencia brillante, deslumbradora, armoniosa; arrullaba y atornaba, tenía gemidos de paloma y rugidos de león; esplendores de miraje y resplandores de incendio.

Aquellos labios fueron hechos para que por ellos brotara á torrentes la armonía y aquella voz para recorrer el diapasón de las pasiones humanas y la gradación inmensa de la belleza hablada.

Era en la tribuna más original que en sus obras.

Su personalidad estaba entera en esa cima. Ese es su pedestal.

Aquella frase reposada, serena, amplia, que él pulía cuando escribía, con un cariño de artista, con su exquisito gusto estético, al salir á sus labios se fragmentaba, se coloreaba, se incendiaba y salía como una explosión de centellas iluminando el horizonte.

Una vez en la tribuna, ya aquel excesivo cuidado del arte no lo entraba, ya no se enredaba como lealbatros de Beaudelaire en la pesadumbre de sus alas, sino que las abría como un cóndor inmenso y se elevaba y aturdía y hería con el ruido y el roce de esas alas.

Cuando Rojas Garrido, que era la cima, caía herido por la muerte, la tribuna colombiana se enlutó porque había caído el maestro; pero quedaba en pie el discípulo para decir, desde esa tribuna rota, el himno á la belleza y el sublime evangelio de las conciencias libres.

Ungido fué para la grandeza de la tribuna, por los guijarros de la plebe fanática y los anatemas de la Iglesia el día en que oscuro estudiante dejó por primera vez oír la armonía de su verbo tempestuoso al pie de la estatua de Bolívar á quien cantaba, frente á la basilica cristiana que afrentaba, y en presencia de un pueblo que rugía furioso á sus plantas.

Demóstenes fué á la orilla del mar para aprender

en monólogo espantoso á dominar con su acento el acento de las olas. Arrieta se hizo tribuno ensoberbeciendo y dominando el inmenso mar humano en diálogo tempestuoso con las multitudes, agitándolas con su acento y aplacándolas con su verbo poderoso.

Su vida tribunicia fué vida de lucha.

Su elocuencia cosmopolita brilló con igual resplandor en los Congresos de Colombia y Venezuela, y si su agitada vida de tribuno lo hubiera llevado lejos de esas playas ¿á donde habría ido que con su talento no hubiera ocupado las cimas y, nuevo Orfeo, no hubiera traído las multitudes murmuradoras y conmovidas á sus pies?

No hemos de juzgarlo como político.

En ese mar de fango y de miserias, bajo el cielo plomizo de la envidia; en esa lucha pertinaz en que se agitó, su talento poderoso lo llevó de una á otra playa entre los aplausos de los unos y el anatema de los otros, pero vencido ó vencedor, siempre aclamado por su mérito y querido por sus amigos.

¿Que quemó incienso ante el altar de los poderosos? Pues fué un idólatra más grande que sus ídolos.

¿Que dobló la rodilla? No es verdad, pero os lo concedemos para deciros que Arrieta, de rodillas, es más grande que sus críticos en pie.

Arrieta murió en la fuerza de su edad.

Como un inmenso arco-iris, se apoyaba en las dos generaciones liberales; la que declina, cargada de tristezas y de gloria, y la que asoma, coronada de sueños y de esperanzas.



EZEQUIEL ZAMORA

Ha muerto el heroísmo! ¡ Los grandes hombres se han ido! Hé ahí el grito que lanzan en la sombra las almas enamoradas del pasado. Con la vista fija en el ocaso de una generación gloriosa, para ellos todo el valor, la grandeza y el genio de la patria se hundieron con los lidiadores épicos de la independencia. Tras de Bolívar, Sucre, Mariño y Páez... nada en el cielo militar de la República. Los vientres de las madres no dan ya héroes, y los laureles de los montes envían sus hojas mustias sobre las

tumbas de los guerreros porque no encuentran frentes dignas de ceñir con sus coronas. El seno de la patria está maldito de esterilidad, y el genio de la guerra no ha vuelto á fecundarla. Con Bolívar murió la gloria, con Paez se acabaron los héroes.... Hé ahí el gemido de las almas melancólicas y soberbias que en su idolatría por los grandes hombres de la emancipación, en su concepto pesimista del presente, en su tedio mortal por nuestra edad, viven vueltos hacia el pasado, de rodillas ante las tumbas, viendo titilar los fuegos fatuos de la tierra, mientras encima de ellos se prenden y se eclipsan, trazando curvas gigantescas, astros de heroísmo en el firmamento espléndido de la patria.

Supremo error el error de aquellas almas débiles. Después de la guerra magna el heroísmo ha igualado y superado en ocasiones el de los nobles guerreros de aquella epopeya legendaria. ¿Que falta la grandeza del objeto? Supremo error también. Los guerreros liberales han sido los continuadores de los guerreros inmortales. Sin ellos la grande obra estaría por tierra, y reyezuelos cómicos como Iturbide habrían reemplazado la sombra que proyectaba en el continente el fantasma de los reyes católicos.

Sin ellos los sombríos planes de Monarquía colombiana habrían sido un hecho con ó sin el padre de la Patria; el Imperio mexicano habría vivido sostenido por ellos; los conservadores de Guate-

mala, con Aycinena á la cabeza, habrían ido á unirse al yugo de Iturbide, y la proyección de las dos monarquías se habría hallado en el Istmo frente á los dos océanos, donde aún parece vagar la sombra aventurera de Balboa. Los españoles se fueron y los conservadores se quedaron: el espectro de la Monarquía estaba en pie. A los virreyes fugitivos sucedieron los soldados soberbios, los dictadores clericales traídos por la ola conservadora, siempre encrespada y amenazante; siempre rebelde y traidora. Contra estos supervivientes del espíritu colonial proscrito ha sido este rudo y heroico batallar del liberalismo americano. La obra de él es la misma de la de aquéllos. El grito de 19 de Abril en Caracas, de 20 de Julio en Bogotá, de 10 de Agosto en Quito, inició el movimiento que aún no ha concluido. La obra está por terminar. Los hombres de aquella época nos dieron independencia; los de esta segunda cruzada se afanan por darnos libertad. A la consecución de la autonomía iban los hombres de la independencia; á la consecución de la libertad van los hombres del liberalismo. Los primeros nos dieron un territorio, pero no una patria; Chateaubriand lo dijo: donde no hay libertad puede existir un país, pero no patria para un hombre digno. La obra del liberalismo es, pues, la continuación de la obra de la independencia, y los guerreros que en esta noble cruzada han caído ó caigan, el rostro contra

el suelo, frente á la trinchera enemiga; pálidos de coraje en el cadalso sangriento; solos y tristes en la prisión inmunda no ceden en grandeza y heroísmo á los que sembraron con sus huesos el sendero que recorrió el español vencido desde las cimas tempestuosas de los Andes hasta el trágico valle de Junín. No menos grandes, pero ¡ay! más desgraciados. Aquéllos vieron desaparecer del territorio americano los ejércitos enemigos y arriarse para siempre entre las dianas de Ayacucho el pendón amarillo y rojo de los dominadores vencidos, y éstos de combate en combate, de fortaleza en fortaleza, perseguidos, proscriptos, han caído sin ver la realización de sus ensueños, ó combaten aún, viendo como flamea en los altos capitolios la bandera negra de oscuros y torpes despotismos. Es un deber consagrar estos hombres á la inmortalidad, coronar sus cráneos descarnados con las hojas de laureles tintos en su sangre, y volver á reclinarlos en sus sepulcros haciéndoles muda centinela mientras el liberalismo victorioso, golpeando con la punta de su lanza, dicele al mármol sagrado: Hemos vencido; Excelsior.

*
**

De aquellos grandes y trágicos duelos americanos, uno de los más reñidos y largos fué aquel que

en Venezuela se ha llamado *Guerra de los cinco años*.

Una como inmensa ola de fuego pasó por el suelo de la patria, taló los cortijos, incendió los montes. La sangre derramada bajaba manchando desde la nieve immaculada de Mérida hasta teñir en rojas las aguas azulosas del Orinoco. El grito de guerra se escuchaba vibrar desde las selvas enmarañadas de la Sierra hasta las pampas de Apure, que parecían temblar todavía bajo los cascos de los caballos de Anzoategui y Rondón, Zaraza y Páez. De montaña en montaña, de llano en llano, á las riberas de los ríos y sobre las aguas del mar; bajo el viento que hiela y en la playa que arde, por todas partes, á todas horas, se combatía sin tregua y sin descanso. En medio de aquel horizonte inflamado, sobre aquel como volcán en erupción se mostró un momento á los ojos asombrados de la Historia *Ezequiel Zamora*.

La guerra se condensó en él. Águila indignada en medio de la tempestad, su aleteo formidable se escuchó con ruido asordador de Churuguara á Barinas, á Santa Inés, á Curbati, hasta caer rotas las alas y sangriento el cuello en el lúgubre drama de San Carlos. La guerra pareció morir con él, y por un momento se temió que en la misma fosa cubierta de ramas se hubiera enterrado la libertad con el soldado.

Alto de cuerpo y erecto, bronco y breve el acento

hecho para el mando, fija audaz la mirada como de águila que otea la presa, hosco el bigote, amplia la frente, resuelto el ademán, apuesto y victorioso pasa este soldado por las páginas de la Historia, como un ensueño heroico, como una creación épica para desaparecer como Rómulo envuelto en el manto de una tempestad.

¡Corta y heroica vida! ¡Trágica muerte! En tan corto espacio de tiempo, qué serie de triunfos y heroísmos. Concebía las victorias y las realizaba con la intuición del genio. Su actividad era su vida, y apenas si se secaba sobre su frente ellaurel de una victoria cuando su mano atrevida había segado otras tantas para su frente de soldado invencible.

El fuego, las prisiones y el destierro lo habían ungido ya, cuando un día con su genio y su valor desembarcó en Churuguara al lado de Falcón. En Barinas dió su primer grito, despertó al pueblo y encadenó la victoria á su carro. Desde entonces no se vió sino á él en el horizonte. De asalto en asalto, de triunfo en triunfo, organizando y deshaciendo ejércitos, alcanzando épicas victorias llegó á San Carlos, para caer allí como deben caer los héroes, frente al enemigo, por única mortaja la bandera cruzada de balazos y húmeda luego con su noble sangre. La victoria no lo abandonó sino para entregarlo en brazos de la muerte.

*
* *

Hoy duerme en el panteón nacional al lado de sus antecesores, los héroes de la primera cruzada americana.

Allí está bien.

El viento del odio no aventará nunca su polvo, porque la gloria lo envuelve en su manto y el partido liberal vela en su tumba.

El viento de reacción que pasa sobre América se detendrá á las puertas de aquel templo, y las sombras augustas de los lidiadores liberales no sentirán nunca al espectro conservador golpear en su sepulcro para decirles: « Levantáos. Estáis proscritos. Ha muerto la libertad, y la gloria no tiene ya derecho de asilo. »



JORJE ISAACS

Durante este largo despotismo de Colombia, la poesía ha enmudecido.

Con la libertad, águila herida, la blanca inspiración plegó su vuelo, y mudas se ocultaron en el corazón y en la mente de los grandes espíritus de la patria.

Como esos pichones de la plaza de San Marcos en Venecia, que dóciles al reclamo vienen voloteando hambrientos, en torno á las migajas de pan que el viajero les arroja, nubes de versificadores

neuróticos vinieron en torno al despotismo, arrastrando su musa enferma; envileciendo el canto; y siendo en el palacio del César las aves domésticas de la regeneración.

Tiberio que conservaba gustos de artista, alimentaba por lujo, á estos *virtuosos* de la infamia.

Las liras clásicas, las musas ortodoxas, vinieron al reclamo del presupuesto, y azotaron con sus alas fatigadas aquel charco de lodo.

Como aquellas migraciones de retóricos griegos, que más envilecidos que los romanos mismos, venían al pie del trono de los Césares con la pluma en la mano, y el cántico en los labios, pidiendo al soberano el honor de prostituir su *genio*, se vieron también *dilettantis* de poesía, venir de países remotos ofreciendo al viejo déspota, aceptara las caricias de su musa, que otros tiranos habían rehusado desflorar.

Virgilio sin ternura, Horacio sin gracia, Ovidio sin elegancia, degradaron la métrica, y ajaron el laurel de Apolo cantando ebrios en las orgías del despotismo.

La grande y verdadera poesía; la musa santa de la patria estuvo lejos de esas bacanales y como el *petrel* que se duerme encima de la tormenta, ella alzó su vuelo poderoso, y reposando sobre los blancos remos de sus alas, mecida por la tempestad, ha vivido inmaculada, fijos los ojos en aquel punto

del horizonte á donde espera ver despuntar la blanca aurora....

Los grandes poetas de la patria no se sentaron al festín de aquel César.

La musa vengadora de Juvenal, recorría á veces las calles en los labios del pueblo, flagelando aquella nueva Roma, que como la antigua, clamaba á gritos por el *Satiricon* de Petronio.

En esta ignominia de doce años, en que el despotismo todo lo redujo al silencio, y sólo se vieron circular las dos formas escogidas de la literatura oficial: el panegírico y el libelo. La serena y casta musa, como vestal sorprendida por los bárbaros, se encerró en su templo sin fuego prefiriendo morir á permitir la mancilla del santuario, la sacrilega violación de su pureza.

Cuando la libertad se muere la verdadera poesía muere también.

Las almas de los grandes poetas piden la libertad para cantar; como las alas poderosas de las águilas necesitan el espacio inmenso para perderse en él. Cuando en esta época sombría se hizo un crimen recordar la libertad vencida, Jorje Isaacs colgó su lira, y se fué como el romano á vivir en el silencio, lejos de las bajezas de la corte y de las miradas de Tiberio.

Y la América estuvo huérfana de sus cantos.

Este gran cantor, fue un gran luchador.

Jorje Isaacs que es el primero de los poetas de

la patria, fue también uno de los primeros caracteres de la República.

Tuvo algo tan austero como su musa : su virtud. La castidad de sus creaciones poéticas, no es más blanca que la de sus acciones públicas.

Unid la musa de Virgilio, sin sus afeminaciones de Efebo, á la palabra y el valor de Tiberio Graco, y tendréis un perfil de la personalidad de Jorje Isaacs.

La América, no lo conoce así. Admira al poeta, ignora al político. La mitad de esta gran personalidad ha quedado en la sombra.

¡ Me parece que aun lo veo aquel día trágico !

La Regeneración se esbozaba, Oculta en la sombra la tracción preparaba su marcha triunfal al Capitolio.

Núñez, á la sombra del general Trujillo, confiado y débil, preparaba su largo y ominoso despotismo. El último Parlamento liberal, era el escollo.

Él, había rechazado los halagos, y había negado su voto al nombramiento del Ministro omnipotente para Plenipotenciario en Washington.

Era necesario ir contra el Congreso. Y, Núñez fué.

Un día, todas las prisiones de Bogotá se hallaron vacías ; los malhechores temibles de las viejas guerrillas conservadoras recibieron cita á la capital, y la Guardia Colombiana que ya empezaba á bajar la pendiente del deshonor, envió á sus soldados ves-

tidos en civil y con el arma oculta ; y aquella turba de presidiarios, salteadores y pretorianos como una onda de fango fué lanzada contra el Congreso Nacional.

El Congreso, último asilo de la libertad vencida, como si tuviese conciencia de que era el último Congreso de la Patria se preparó á morir con la majestad de aquellos senadores romanos que perdida la batalla de Alía, cuando el pueblo huía de Roma, y las vestales abandonaban el templo, sentados en sus curules esperaron los galos y la muerte, y estos creyéndoles estatuas bajo sus blancas barbas y sus togas flotantes, se retiraban ya cuando uno de la horda habiendo llevado su mano á la barba de Papirio, el anciano se puso de pie y le hundi6 el cráneo con su cetro de marfil, y perecieron todos en el puesto de honor.

Así esperaba el Congreso liberal á aquella muchedumbre de forajidos que aullaba afuera.

En el Senado estaba completa la plana mayor de liberalismo. Hasta Murillo Toro ya moribundo se había hecho conducir allí en la hora tempestuosa del peligro.

En la Cámara de Representantes, Jorje Isaacs tronaba con elocuencia abrumadora lanzando sus frases irritadas contra aquel gobierno cómplice, y aquella multitud ebria y rugiente, que pedía su sangre.

El poeta transformado en tribuno estaba sublime.

Aquel poeta enamorado y triste á quien como la sombra de Virgilio, ha visto la América toda atravesar sus bosques y ciudades inclinándose sobre las almas adolescentes para despertarlas al amor con el beso de su musa casta y doliente, era allí el tribuno indignado, el formidable luchador de la palabra, no era Lamartine, era Vergniaud.

Aquellas frases aladas que con la mansedumbre de un vuelo de palomas salían en estrofas armónicas de la lira de poeta, al calor de las pasiones políticas, al rumor de la plaza pública, salieron tempestuosas de la boca del tribuno, con el rumor alarmante de una bandada de águilas marinas que se escapan del nidar.

La multitud no se atrevió á asesinar en sus curules á los senadores y diputados cuyos nombres le habían sido repetidos, pero esperó el momento en que salieran del Capitolio.

Entonces se lanzó sobre ellos. Y, los guijarros, los bastones, las balas vinieron á herir el rostro y el cuerpo de los elegidos del pueblo.

Jorje Isaacs por su elocuencia y la actitud de aquel día estaba marcado para víctima de aquella multitud, ebria de licor y sedienta de sangre.

La juventud corrió á rodearlo. Era su poeta querido, su orador predilecto.

Como las olas conmovidas, las turbas se lanzaban sobre él, lo silbaban, lo insultaban, lo apedreaban....

Rodeado de un grupo de jóvenes, revólver en mano, disputando su vida á la multitud y á la soldadesca logró ganar su casa.

Allí apareció en el balcón y quiso hablar. Las balas y las piedras lo hicieron enmudecer.

Después.... cayó la sombra completa sobre la patria : y el tribuno poeta enmudeció.

Vencido en Antioquia, entró por completo en el silencio de la vida privada, y allí vivió devorando sus tristezas y acariciando sus ensueños.

Ya amanece nos decía el poeta en una de sus últimas cartas, y á ese canto de alondra, siguió una franja roja y sanguínea que decoró el horizonte de la patria.

Pero, ay! el derecho sucumbió, calló el poeta, y envuelto en los cendales de su gloria, se refugió en la sombra que tenía ya vagas claridades del sol de la inmortalidad que empezaba para él....

Y, allí murió!....